

Ensayo de un diccionario de la literatura colombiana

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

DOMINGUEZ CAMARGO, HERNANDO. (Santafé de Bogotá, 1606—Tunja, 1659). En el Colegio Seminario de San Bartolomé hizo sus primeros estudios, donde a los 13 años ya era “estudiante capista”. En 1621 pasa de colegial a novicio de la Compañía de Jesús, en Tunja, donde transcurren sus años de probación, hasta que en 1623 pronuncia los votos perpetuos. Posteriormente, aunque se ignora en qué fecha, pasó a Quito. Es de presumir que allí debió servir en el Colegio de la orden y hacerse a la amistad de quienes después salvarían su obra del olvido, el Padre Antonio de Bastidas y el maestro Jacinto Evia. En 1631 es transferido al Colegio de la Compañía, en Cartagena, donde permaneció hasta 1636. Graves conflictos espirituales y problemas morales debió afrontar por entonces, pues en tal año las autoridades de la Orden le imponen la dimisión. Regresó enseguida a Bogotá, donde lo acoge benévolamente el Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, mediante cuya intercesión es designado ese mismo año de 1636 en el Curato de Gachetá. Comienza así su larga vida de eclesiástico rural, que le llevaría sucesivamente a regir los Curatos de Tocancipá (1642), Paipa —se ignora en qué fecha—, y Turmequé (1650), donde parece que comenzó a escribir el **Poema heroico** y compuso su **Invectiva apologética**, pues en tal lugar firma y fecha el 2 de mayo de 1652 la dedicatoria de esta última obra. En 1657, ya conocidas sus dotes intelectuales y literarias, obtiene el beneficio de la iglesia mayor de Santiago en Tunja, a donde se traslada a mediados de ese año. Y parece que no fueron pocos los ahorros logrados durante esos veintiún años en que ejerció como cura de indios,

pues al llegar a su nuevo destino lo primero que hace es comprar unas casas, que mejora, amuebla y decora no sin cierto lujo. El padre Domínguez tuvo siempre gustos de "gentilhombre del mundo", por lo cual no se pudo avenir a la vida jesuística y prefirió andar de clérigo suelto por esos pueblos del altiplano. En Tunja tuvo la fortuna de encontrar algunos parientes cercanos, en forma tal que por primera vez el buen levita siente el calor familiar. Mas, poco tiempo habría de durar esa feliz situación, pues en 1659 muere allí —probablemente a fines de febrero de ese año—, pocos días después de haber otorgado testamento el 18 de febrero. En la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, en la iglesia tunjana de Santo Domingo, fue sepultado el poeta y allí reposan aún sus restos.

Una cláusula de su testamento, en la que mandaba entregar al Colegio de la Compañía de Jesús, de Tunja, "todos los libros que tengo predicables y de estudio y mis papeles", contribuyó a la larga a que sus obras se salvaran del olvido. En efecto, tal vez por iniciativa de la propia Compañía, sucedió que sus "papeles" llegaron a poder del Padre Antonio de Bastidas, en Quito, donde el Padre Domínguez había dejado muy buenos recuerdos y amigos. Fue dicho eclesiástico quien, en 1666, hizo publicar en Madrid el **Poema heroico de San Ignacio de Loyola**, haciéndolo preceder de un prólogo anónimo, pero que hoy se considera obra suya. Su desprendimiento llegó hasta el extremo de hacer aparecer como editor de la obra a un maestro don Antonio Navarro Navarrete, probablemente tan solo un seudónimo del Padre Bastidas.

De igual manera fueron salvadas sus poesías sueltas, en virtud de la edición que de ellas hizo en 1676, en Madrid, el maestro Jacinto Evia, dentro de su obra antológica **Ramillete de varias flores poéticas, recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años**, en la cual aparecen también poemas del Padre Bastidas y del propio Evia. También apareció allí su obra en prosa **Invectiva apologética**, con un prólogo de un tal Atanasio Amescua y Navarrete, quizá también otro seudónimo del mismo Padre Bastidas. Los poemas de Domínguez Camargo fueron incluidos en la sección séptima del citado **Ramillete** bajo el título de **Otras flores**, aunque pocas, del culto ingenio y floridísimo poeta, el doctor D. Hernando Domínguez Camargo, autor del **Poema heroico de San Ignacio de Loyola**, fundador de la muy ilustre y sapientísima religión de la Compañía de

Jesús, y el maestro Evia la hizo preceder de un breve prólogo suyo. Aparecen allí los siguientes poemas: "A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo", en metáfora de un potro, ya que el otro, en metáfora de un toro —que hasta hace poco pasaba como obra de Domínguez— es del Padre Bastidas; "A la muerte de Adonis", "Al agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España" —escrito tal vez, al igual que el anterior, por la época en que vivió en la ciudad amurallada; y, por último, su romance "A la Pasión de Cristo", sin duda su mejor producción lírica, compuesta a imitación del homónimo romance del Padre Hortensio Félix Paravicino, pero muy superior a su modelo. Cinco son, pues, las poesías de Domínguez Camargo allí incluídas, pues el soneto conocido con el título de "A Guatavita" solo pudo llegar a conocerse por haberlo copiado Juan Flórez de Ocariz en el tomo II, árbol 22, de sus "Genealogías del Nuevo Reino de Granada".

Desconocido y negado como poeta, durante tres siglos, por una crítica que no supo ver su grandeza lírica —Vergara y Vergara, Menéndez y Pelayo, y Gómez Restrepo se equivocaron flagrantemente al juzgarlo—, Domínguez Camargo no vino a surgir en su auténtica valía sino a partir del presente siglo, cuando algunos autores y críticos extranjeros pudieron al fin darse cuenta del inmenso poeta que hay en él. Fue Gerardo Diego, al publicar su **Antología poética en honor de Góngora** (Madrid, 1927), el primero en advertirlo, al incluír allí algunos poemas suyos y al dedicarle entusiastas conceptos en su prólogo. A partir de entonces, José Ma. de Cossío y Angel Valbuena Prat, entre otros, hacen justicia al gran poeta neogranadino. Pero ha sido sobre todo el argentino Emilio Carilla quien con más entusiasmo ha estudiado la obra del Cura de Turmequé, al consagrarle, primero, un extenso capítulo en su obra **El gongorismo en América** (1946), y al dedicarle, luego, todo un volumen, **Hernando Domínguez Camargo** (1948).

Por lo que hace a Colombia, todos los historiadores y pseudo-historiadores de nuestra literatura evidenciaron una repetida miopía crítica con respecto a Domínguez Camargo. Se necesitaron nuevos estudios por parte del maestro Rafael Maya, en 1952, y del poeta Fernando Arbeláez —quien le dedicó un sustancioso prólogo en la edición del **Poema heroico** incluída en la "Biblioteca de la Presidencia de la República" (Vol. 25), publicada en 1954— para que la figura de Domínguez Camargo tuviera entre

nosotros su apropiada dimensión poética. Cosa que vino a relieves y reafirmar admirablemente la edición crítica de sus "Obras" realizada por el Instituto Caro y Cuervo en 1960, y precedida por eruditos estudios de Guillermo Hernández de Alba sobre la "Vida y las obras de Hernando Domínguez Camargo" y del mejicano Joaquín Antonio Peñaloza.

En esa forma ha aparecido así plenamente reivindicada la poesía de Domínguez Camargo, a quien solo se citaba antes para denostar —como cosa infamante— de su condición de "poeta gongorino". Pero he aquí que ha sido precisamente esta circunstancia —revaluada del todo la lírica del gran poeta de Córdoba— y el hecho de ser considerado como "primogénito de su espíritu" (tal como lo expresaba ya el prologuista Navarro Navarrete), lo que hoy da plena validez a su poesía. Y no porque hubiera sido un simple imitador suyo, pues como dice el citado Peñaloza, "no se piense que los logros de Domínguez Camargo obedecen a la rendida sumisión de su ejemplar, y que el poema es un mosaico variopinto de las "Soledades", más o menos organizado. Propia inspiración, creación personal, auténtico señorío (hay allí). Y, bajo esta originalidad, o sobre ella, aquel raro fenómeno, que pocas veces registra la historia de la poesía: "transvasión de almas", "filiación de genios", "singular ejemplo de parentesco y adaptación lírica".

Pues es eso, precisamente, lo que se comprueba en el **Poema heroico**, en esa vasta y pasmosa ilación de mil doscientas octavas —casi cerca de diez mil versos—, que comprende desde el nacimiento de San Ignacio, hasta su viaje a Roma con el fin de fundar la Compañía de Jesús, dividido en veinticuatro Cantos. He aquí su título completo: **San Ignacio de Loyola. Poema heroico**. Escribiólo el doctor don Hernando Domínguez Camargo, natural de Santafé de Bogotá del Nuevo Reino de Granada, en las Indias Orientales. Dala a la estampa y al culto teatro de los doctos, el maestro don Antonio Navarro Navarrete. Madrid, 1666. En el prólogo este último —o sea el Padre Bastidas— confiesa que tuvo que rehacer algunos versos y aun octavas íntegras, "porque no saliesen algunos cantos defectuosos". Y si bien la obra posee un argumento y ha sido considerada como "poema heroico", es decir, épico, "el valor mismo del poema de Domínguez Camargo trasciende las fronteras de un canto épico —según dice el citado Peñaloza para ser más bien lírico". Es lo que tam-

bién observa don Emilio Carilla, porque “no es la narración de la vida del santo lo más remarcable, sino los comentarios, la ornamentación, la visión estilizada de la naturaleza”.

Pero si gongorina es la influencia de Domínguez Camargo como poeta —más por esa “filiación de genios” de que habla Carilla aprovechando la expresión de Thibaudet—, en cambio es Quevedo, el espíritu quevediano, el que puede identificarse en la prosa conceptista de la **Invectiva Apologética**. Pieza escrita para criticar un poema titulado “Romance a la pasión de Cristo” —de autor no conocido —y para defender al tiempo el que él mismo compusiera sobre ese mismo tema, es no solo su única producción en prosa, sino —al decir de Peñaloza— “una muestra típica de la forma crítica literaria de su tiempo y, por sobre todo, de la posición estética de un poeta gongorino frente a otro pseudo gongorino”.

LETRA “E”

ECHAVARRIA, ROGELIO. (Santa Rosa de Osos, 1926). Después de estudios iniciales en su tierra antioqueña, Echavarría pasó a Bogotá, donde vive desde hace largos años. Dedicado al periodismo, es actualmente miembro de la redacción de **El Tiempo**. Ha publicado dos obras de poesías. **Edad sin tiempo** (1948) y **El transeúnte** (1964), libro este último muy elogiado por la crítica y concebido dentro de una tónica que le acerca mucho a otros poetas de su generación como Gaitán Durán y Cote Lamus.

ECHEVERRI, CAMILO ANTONIO. (Medellín, 1828-1887). Estudió en el Colegio medellinense de los jesuitas, y luego cursó en Bogotá, matemáticas, ciencias naturales, jurisprudencia, carrera esta que terminó, aunque no llegó a graduarse. En su tierra ocupó algunas funciones judiciales, y en 1852 viajó a Inglaterra, donde estudió química y matemáticas, llegando a dominar perfectamente la lengua inglesa. Vuelto al país, participó en la política en defensa de la legitimidad amenazada por la dictadura de Melo y de sus ideas liberales, para lo cual fundó **El Pueblo**. Por varios años se entregó después a las faenas del campo, al trabajo en el foro y a escribir de modo

incansable sobre asuntos científicos y políticos, siempre en defensa de sus ideas. Durante la revolución de 1860, tomó parte en la campaña de la Costa y en la frustrada intentona liberal contra el Gobierno del Estado de Antioquia, a raíz de lo cual permaneció en prisión hasta fines de 1862. Caído el gobierno conservador fue elegido Diputado a la Legislatura Constituyente, pero a poco pasó a formar parte de la Convención de Rionegro, donde se destacó como gran tribuno, en defensa de las más avanzadas ideas liberales. En 1864 fundó **El Índice** y posteriormente permaneció casi diez años en labores de hacendado, aunque sin dejar nunca sus trabajos de escritor. En 1873 retornó a Bogotá, y entonces “empieza para él una tormentosa época de depresión moral que acabó por llevarlo al hospital y a las filas conservadoras en la revolución del 76”, más por oposición al Gobierno del Presidente Parra, que por afinidades ideológicas con el conservatismo, según su propio decir. Acabada la guerra, volvió a las tareas del campo, refugio siempre de su contradictoria vida y actitudes. En 1879 redactó **La Balanza**, y hasta 1885 fue permanente colaborador de los periódicos liberales, pues nunca abandonó estas ideas a pesar de ciertos actos suyos. Pasó sus últimos años en una finca cercana a Medellín.

Talento polifacético como pocos, Echeverri fue ingeniero, periodista, abogado, polemista político, fecundo y original escritor. Como polemista, sobre todo, fue temible y virulento, pues —como expresa de él Juan de Dios Uribe— era hombre “de frases como espadas cruzadas, como centellas desprendidas, que en la trípode de sus pasiones da rugidos del desierto, o como pitonisa atormentada, lanza misteriosamente profecías”. Y el General Uribe Uribe expresa: “como polemista fue verdaderamente formidable; quizá no quedó hombre, creencia ni institución contra quien no rompiera lanzas, llenando la liza con el estruendo de sus gritos de cólera y ensordeciendo el espacio con el ruido de sus golpes”. Sus artículos, sobre todo lo divino y lo humano, le dieron justa fama y son pequeñas obras maestras: editoriales ardientes, artículos científicos; de moral y legislación; humorísticos o meramente literarios; de economía política y de polémica política, religiosa y personal. “Fue uno de los pocos follecionistas —agrega Uribe Uribe que haya merecido este nombre en el país; sus **Conferencias del 71 y del 84**; sus **Cartas en el Hospital**, y aun sus **Cápsulas** y hojas volantes son modelos de este género tan popular como difícil.

Escribió además Echeverri su **Autofotografía moral**, en la cual trata de justificarse de las acusaciones de inconsecuente y versátil que a menudo se le dirigieron. Documento muy humano —al par que sus **Cartas en el Hospital**—, se refleja allí la complicada personalidad de este hombre inconforme y rebelde, especie de tuerto Don Quijote del pensamiento, siempre listo a romper lanzas por la justicia, la verdad y la libertad, que fueron sus tres pasiones ideológicas. Liberal por pura doctrina, se jactaba de no pertenecer a partido político alguno, y ello lo llevó a hacer parte de empresas y campañas más que contradictorias, de las cuales pudo salir ilesa su buena fe, su propia convicción personal, pero no su carácter ni su fama política. En cambio queda su gran obra de periodista, de polemista, de literato y de poeta, pues también de la lira supo sacar delicadas notas este prosista feroz. Y aunque no alcanzó en este género alturas mayores, sí puede mencionarse que suya fue la introducción en verso a la **Memoria científica sobre el cultivo del maíz**, de Gregorio Gutiérrez González, y una traducción en verso del drama de Víctor Hugo, **Lucrecia Borgia**.

ECHEVERRI MEJIA OSCAR. (Ibagué, 1918). Desde temprana edad se radicó en Pereira, donde hizo sus estudios. Pasó luego a Bogotá, donde ha vivido desde entonces, salvo alguna permanencia en el extranjero, como diplomático en Madrid y México. Ha viajado por varios países de América Latina y Europa. Desde la década de los cuarenta comenzó a escribir en diversas publicaciones nacionales, de las cuales ha continuado siendo frecuente colaborador. Fue Secretario de la "Tertulia Literaria", órgano del Instituto de Cultura Hispánica, al tiempo que alternaba sus ocupaciones con el ejercicio del comercio. Durante muchos años fue Jefe de Relaciones Públicas —una especie de Sub-Secretario— de la Academia Colombiana de la Lengua, de la cual es miembro. Su labor allí fue muy útil para el conocimiento de los trabajos de este Instituto y del castellano hablado en Colombia. Pero, ante todo poeta, ha publicado varios libros de poemas, a saber: **Destino de la voz** (1942), **Canciones sin palabras** (1947), **Cielo de poesía** (1952), **La rosa sobre el muro** (1952), **La llama y el espejo** (1956), **Viaje a la niebla** (1958), **Mar de fondo** (1961), **España vertebrada** (1963). En 1964, en colaboración con Alfonso Bonilla Naar publicó **21 años de poesía colombiana (1942-1963)**, muy completo inventario de nuestra lírica en ese lapso. Pertenece a la generación poética inmediatamente

te posterior al grupo de “Piedra y Cielo”, por lo cual sus iniciales libros resienten esa meritoria influencia. Luego su poesía ha ido haciéndose cada vez más suya y personal, en una trayectoria de rescate lírico y de autenticidad personal que lo convierten en uno de los mejores exponentes de su generación.

“ELEGÍAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS”. (Ver CASTELLANOS, JUAN DE). ENSAYO.

En el **Diccionario de Literatura Española**, Julián Marías, define así este género literario: “Escrito en que se trata de un tema, por lo general brevemente, sin pretensión de agotarlo ni de aducir en su integridad las fuentes y justificaciones”. Por su parte Ortega y Gasset, dijo: “El ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita”. Y agrega Marías: “En su forma actual, o próxima a ella, el ensayo es un género literario moderno, y su ejemplo más famoso, los de Montaigne... El ensayo tiene una aplicación insustituible como instrumento intelectual de urgencia para anticipar verdades cuya formulación rigurosamente científica no es posible de momento, por razones personales o históricas; con fines de orientación e incitación, para señalar un tema importante que podrá ser explorado en detalle por otros; y para estudiar cuestiones marginales o limitadas, fuera del torso general de una disciplina”.

Esta precisión conceptual deja, por lo tanto, fuera del terreno del ensayo mucho de lo que Javier Arango Ferrer (**Dos horas de literatura colombiana**) considera como tal al tratar de establecer las **Etapas históricas del ensayo**. Porque, de aceptar el criterio de Arango, habría que incluir en tal género la historia, la filosofía, la biografía, la sociología y, en general, todo lo que se refiere a la ciencia y al arte. Pero es obvio que esto no puede ser así. Y contrariamente a lo que afirma, en el sentido de que “al ensayo nadie lo ha definido con precisión”, resulta que ello sí se ha realizado —y con éxito—, como se puede apreciar por los textos de Marías y Ortega, citados al comienzo.

Dos características tiene el ensayo, así concebido, que ayudan mucho a determinar su propio ámbito: la brevedad y lo incompleto. Pues si ello no se da, entonces se tendrá el tratado, la obra extensa y completa sobre el respectivo tema. Y esto es lo que no tiene en cuenta Arango Ferrer en su aludido escrito. De ese modo, el estudio de este género en nuestra literatura se restringe bastante, pues, con tales delimitaciones, podrá así ser in-

dependizado de aquellas otras cuestiones que, en verdad, nada tienen que ver con el ensayo. Como tampoco tiene que ver con el mismo a un sub-género que a veces ha dado lugar a confusiones al respecto: la monografía, que es el estudio especial y penetrante de algún tema. Pues, en realidad, el afán de agotar la materia —particular y profundamente— es algo bien distinto al que preside el reino gnoseológico del ensayo.

En cambio, es muy cierto lo afirmado por Arango allí mismo, en el sentido de la órbita del ensayo “es el universo de la cultura”. De allí que el ensayo pueda tratar de todos los temas que con esta se relacionen, o sea de los que hacen referencia al mundo de los valores. Según eso, habrá así ensayos científicos, artísticos, filosóficos, sociológicos, jurídicos, políticos, económicos, históricos, biográficos, literarios, etc. Con tal que reúnan las condiciones ya mencionadas.

Teniendo en cuenta lo anterior, quizá pueda decirse que los primeros ensayistas de nuestra literatura fueron los miembros de aquella generación —auspiciada por Mutis y su Expedición Botánica—, que inicialmente se dedicó a observar y a escribir nuestra realidad física y sociológica, y, en cierto sentido, a meditar sobre el hombre y las cosas de nuestra tierra. En muchos aspectos, los colaboradores del **Semanario del Nuevo Reino de Granada** (1808-1811), de Caldas —y este mismo— fueron los pioneros de esta forma literaria entre nosotros, aunque muchas veces le hubieran dado a sus producciones el título de **Monografía**, por entonces tan acostumbrado en esta clase de escritos. Verdaderos ensayos fueron los de Caldas, especialmente el titulado **Del influjo del clima sobre los seres organizados**, tema que también inspiró a Francisco Antonio Ulloa (1783-1816), quien escribió sobre ello su **Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre en el Nuevo Reino de Granada con indicaciones especiales sobre escuelas primarias**. O los de Joaquín Camacho, Frutos Joaquín Gutiérrez, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, Eloy de Valenzuela y José Domingo Duquesne, orientados en su mayoría hacia las ciencias naturales.

A una generación posterior pertenece Juan García del Río (1794-1856), cuyas **Meditaciones colombianas** constituyen verdaderos ensayos sobre temas políticos, económicos y sociológicos, relacionados con las bases que debían tenerse en cuenta para la organización de Colombia. Otros escritos suyos, publicados en

La biblioteca americana y en el **Repertorio americano** —que redactó en Londres en unión de Andrés Bello— confirman su fama de publicista. A su lado hay que mencionar también a doña Josefa Acevedo de Gómez (V.), cuyos **Ensayos sobre los deberes de los casados** y **Cuadros de la vida privada de algunos granadinos**, podrían tal vez darle título de ensayista.

El ensayo, por su brevedad, es casi siempre un escrito dedicado al periódico o a la revista. Por eso, en su mayoría inicialmente tiene acogida en tal género de publicaciones. No tiene nada de raro, pues, que nuestros ensayistas del siglo XIX hubieran sido colaboradores de las revistas literarias que entonces se editaban. **El Oasis** (1868-69), publicado en Medellín, acogió, entre otros, a Camilo Antonio Echeverri y Manuel Uribe Angel. **El Mosaico** (1858-1870), que fue el órgano del costumbrismo, tuvo como colaboradores a ensayistas de verdad: José Caicedo Rojas (1816-1898), Salvador Camacho Roldán (1827-1900), José Manuel Marroquín (1827-1908), Juan de Dios Restrepo —más conocido por su seudónimo de “Emiros Kastos” (1827-1894)— José María Samper (1828-1888), y José M. Vergara y Vergara (1831-1872). **El Repertorio Colombiano**, sin duda la mejor de cuantas revistas se han publicado aquí, (1878-87, 1896-1899), acogió, por otra parte, lo mejor del pensamiento colombiano en el último tercio del siglo pasado: Sergio Arboleda (1822-1888), Miguel Antonio Caro (1843-1909), Rufino José Cuervo (1844-1911), Pedro Fernández Madrid (1817-1875), Diego Rafael de Guzmán (1848-1920), Carlos Martínez Silva (1847-1903), —fundador y director de la revista—, Marco Fidel Suárez (1855-1927). Por último, el **Papel Periódico Ilustrado** (1881-1887), donde Rafael Núñez (1825-1894) y Felipe Pérez (1830-1900) dejaron huella de contrapuesta personalidad.

Polígrafos incansables fueron también Hernando Holguín y Caro (1871-1921), Rafael Uribe Uribe (1859-1914), Guillermo Camacho Carrizosa (1875-1932), Santiago Pérez Triana (1858-1916), Antonio José Restrepo (1855-1933) y Carlos Arturo Torres (1867-1911). En realidad, este último con sus **Estudios ingleses y estudios varios**, inicia ya el ensayo tal como se presentará en el siglo XX —más caracterizado y determinado— en escritores como Antonio Gómez Restrepo (1868-1940) y, sobre todo, en la obra del más grande de los ensayistas colombianos, Baldomero Sanín Cano (1869-1957), quien le dio a este género sus

perfiles modernos y propios. Junto a ellos hay que mencionar a Tomás Rueda Vargas (1879-1943) y Luis López de Mesa (1884-1968).

Con posterioridad, el ensayo ha sido un género poco cultivado. Tal vez porque, como ninguno otro, requiere de una extensa cultura y es sabido que nuestros literatos son cada vez más escasos de cultura. Pues los géneros —que podrían llamarse intuitivos— como la novela, el cuento, el teatro y la poesía, no la exigen tanto. En cambio el ensayo precisa de esa indispensable base. Sin embargo, hay que citar nombres como los de Rafael Maya, Julián Motta Salas, Fernando de la Vega, Armando Solano, Luis E. Nieto Caballero, Silvio Villegas, Eduardo Caballero Calderón, Hernando Téllez, Cayetano Betancur, Antonio García, Lucio Pabón Núñez, Abelardo Forero Benavides, Jaime Jaramillo Uribe, Andrés Holguín y Francisco Posada Díaz, entre otros.

ESCOBAR, FRAY GERONIMO DE. (Toledo (?)—Cádiz, 1592). No se sabe en que fecha llegó al Nuevo Mundo este agustino español. Pero a mediados del siglo XVI ya se encontraba en el Nuevo Reino, pues según él mismo lo declara, al escribir su **Relación Corográfica-Histórica sobre la Gobernación de Popayán**, ya tenía veintitrés años de estar en estas latitudes. Lo que se confirma con el hecho de haber asistido a la fundación de Buga, en 1559. Posteriormente, en 1572 y 73 se encontraba el agustino ocupando el curato de la ciudad de Cartago, y entre 1574 y 1577 hizo un viaje a España. Luego fue Visitador eclesiástico del Obispado de Popayán. Por los noventa regresó a España, donde fue designado Obispo de Nicaragua en 1592, y al dirigirse a su nueva sede, falleció en Cádiz en 1592. Sobre su labor literaria dice Otero Muñoz: “Fue fray Gerónimo hombre de luces intelectuales y como muestra de sus capacidades dejó una curiosa **Relación Corográfica-Histórica sobre la Gobernación de Popayán**, la que envió al Rey en su carácter de Procurador de la Diócesis de Popayán. En ella da al Monarca consejos muy discretos sobre asuntos de gobierno y de economía política, y aboga por los indios con todo amor, cual cumplía a un verdadero hijo de Cristo”.

Sobre la suerte editorial de la obra del padre Escobar expresa E. Otero D’Costa: “Dos siglos hacía que esa **Relación** dormía en el Archivo de Indias, cuando la halló y copió Don Juan Bautista Muñoz, entrando así a formar parte de la selección de do-

cumentos que lleva el nombre de **Colección Muñoz**, riquísimo venero de fuentes para la historia de América custodiado en Madrid por la Real Academia de la Historia... En 1884, y en el tomo XII de los **Documentos inéditos de Indias**, de la colección de Torres de Mendoza, fue igualmente publicada la dicha Relación como tomada del Archivo de Indias de Sevilla, y por último en nuestros **Anales de Instrucción Pública**, insertose también, anotándose al pie que era tomada de la **Colección Muñoz**.

ESCUADERO, FRANCISCO. Por 1795 encontrábase avecindado en Cartagena de Indias este funcionario español, quien ejerció allí el cargo de Secretario del Obispo Peredo y del Gobernador don Juan de Torrezar Díaz Pimiento. A principios del siglo XIX fue Administrador de la renta del tabaco y jubilado con pleno sueldo por magníficos servicios a la Hacienda Real. En sus ratos de ocio escribió una obra titulada **Noticia de la Conquista y fundación de la ciudad y provincia de Cartagena de Indias**, la cual estuvo inédita hasta 1889 en que fue publicada, junto con otros importantes manuscritos, por don Eduardo Gutiérrez de Piñeres con el título genérico de **Documentos para la historia del Departamento de Bolívar**. Sobre este escritor publicó un interesante ensayo el historiador E. Otero D'Costa, titulado **Don Francisco Escudero y sus monografías históricas**.

ESPINOSA DE PEREZ, MATILDE. (Huila, Cauca). Es una de las más firmes voces de la poesía femenina en Colombia. Ha intervenido en múltiples campañas en pro de la emancipación jurídica de la mujer. Colaboradora de varias publicaciones, con frecuencia ha escrito en prosa con los seudónimos de "Marta Sorel" y "María Jimena". Ha publicado los siguientes libros de poesía: **Los ríos han crecido** (1955), **Por todos los silencios** (1958) y **Afuera, las estrellas** (1961).

ESPINOSA DE RENDON, SILVERIA. (Sopó, Cundinamarca, 1815-Bogotá 1886). "Escritora sentimental y mística —dice Laverde Amaya— poetisa dulce y melodiosa, sus composiciones tuvieron gran resonancia desde que hizo su estreno en el mundo de las letras". Publicadas por primera vez en el **Parnaso granadino** (1848), sus poesías tuvieron enseguida una gran boga tanto en Colombia como en el exterior, por la sencillez

de sus temas y por lo sentidas y fáciles, acordes con su inspiración romántica y mística. Cronológicamente, fue la primera poetisa colombiana y una de las más conocidas de nuestro parnaso femenino. Colaboró en varios periódicos de España y América. Según el Padre Ortega “es nuestra mejor poetisa mística, aunque sus versos no son siempre modelo de corrección”. Entre ellas merecen citarse **El canto del agareno**, publicada por primera vez en Madrid en 1856, así como los muy acertados alejandrinos de **A Bolívar** y las ágiles estrofas **De bas et des vers**, en defensa de las mujeres literatas que había satirizado don Manuel Bretón de los Herreros. En prosa, colaboró en diversas publicaciones de la época y cultivó la novela, el teatro —**El día de Reyes**— y los temas cristianos-morales, como lo denota en sus obras **Lágrimas y recuerdos** (1850), relacionada con la expulsión de los Padres Jesuitas, y **El divino modelo de las almas cristianas** (1866), o meditaciones sobre la pasión del Señor. Al final de su vida escribió, además, un libro sobre educación, dedicado a las jóvenes. Dejó inéditos algunos escritos sobre costumbres, educación y moral.